GATOS

Observaba una tarde del pasado verano la familiar estampa de una gata anónima y callejera que había fijado su residencia en la calle de los toros, sobre la pared de un corral, desde donde exhibía con orgullo a los viandantes su gatuna prole consistente en cinco preciosos retoños y recibía tranquilamente los alimentos que unos y otros vecinos les suministraban. Pocos pasaban por la calle que, reparando en su presencia, no les dedicaran alguna frase amable e hicieran algún comentario al respecto de la feliz familia.

Hoy, día de invierno, un invierno que parece otoño dadas las anómalas condiciones meteorológicas, paseando casi en mangas de camisa por las calles del pueblo, observo a los numerosos gatos que deambulan por la calle y se arremolinan junto y encima de los contenedores de basura y me acuerdo de aquellos gatitos del verano que hoy, por imperio del paso del tiempo, ya convertidos en adultos, estarán buscándose la vida en el difícil panorama que se les plantea con la enorme despoblación que sufre el Maranchón en esta época y la consiguiente disminución de alimentos que esto debe acarrear.

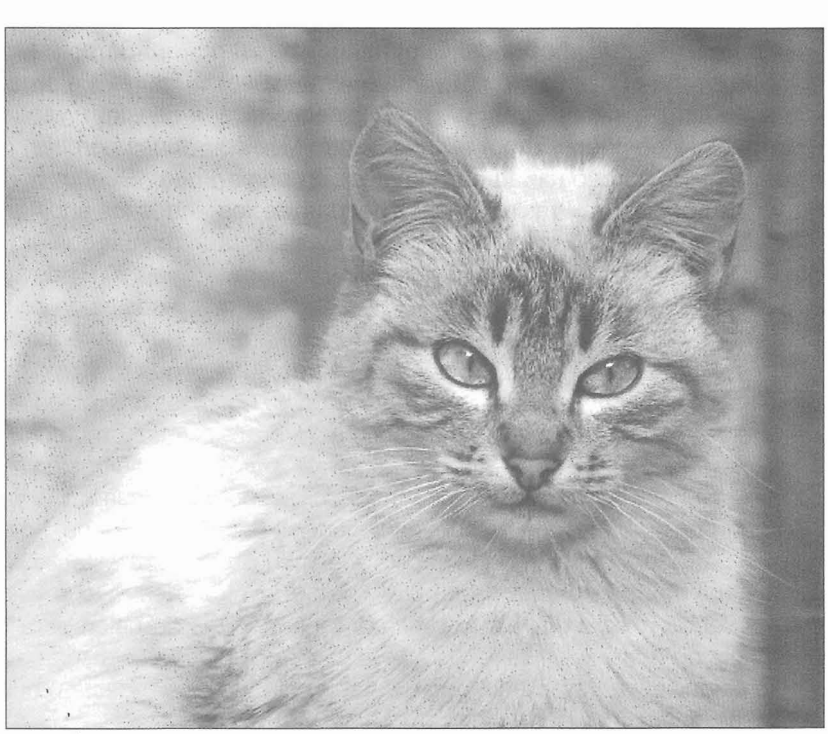
El invierno debe de resultar duro para estos felinos por la falta de alimentos y los que lo aguantan es gracias a algunas manos generosas que les ayudan a salir adelante poniéndoles alimentos en determinados lugares de la calle. Los gatos son queridos entre la población maranchonera y gracias a eso sobreviven en buen número al solitario y duro invierno.

No era así hace mucho tiempo, en que estos animales salían a la calle con miedo, porque los chavales, cuando veíamos alguno, nos liábamos a pedradas con él y ellos al ver a los niños huían despavoridos ante las sospecha, más que fundada, de que les podía caer una lluvia de piedras de un momento a otro.

Era una época, hablo de los años cincuenta del pasado siglo, en que en general, los chavales y los no tan chavales, éramos bastante crueles con los animales, y como la crueldad y la escasez de derechos estaban insertos en la cultura nacional, (nadie nos había hablado de que los animales, incluso que las personas, tuvieran derechos), considerábamos el maltrato como algo normal y natural y rara vez llegábamos a suponer que un animal podía sufrir. Lo mismo nos daba gatos, que perros, pájaros de cualquier clase, lagartijas…., en el país de mi niñez los animales eran para utilizarlos o para maltratarlos. No había puntos intermedios.

Por eso, cuando observo a los gatos y otros animales, conviviendo pacíficamente con nosotros, me acuerdo de aquellas oscuras épocas y siento alegría por los derechos que, aunque lentamente, se van reconociendo a los animales en la legislación y en el cambio progresivo de las actitudes humanas respecto a ellos ya que todo esto nos permite, por ejemplo, disfrutar, en una tarde de verano, de la maravillosa estampa de una orgullosa gata, con sus cinco retoños, sobre la tapia de un corral en la calle de los toros.

Miguel Atance



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Migaña, La. 2/2007.